

Los que siembran el viento

Leonardo Páez

el fakir

## Prólogo

Vivíamos en la casa de mis abuelos. Jugábamos entre geranios y unas llaves que goteaban en el patio. Era una noche como todas las de la ciudad cercana y silenciosa. Los ritos eran los mismos, café con pequeños pancitos de agua que mi abuela mandaba a comprar donde las monjas del Buen Pastor, en la Recoleta, y en una esquina de la sala, un radio RCA de tubos de donde salían voces, noticias atrasadas, discursos de los eternos salvadores de la patria, canciones y las radionovelas Colgate-Palmolive, cuyos guiones venían de Cuba y eran dramatizados por artistas locales que nos fueron enseñando que «llorar es un placer». Miles de personas ya entonces, por esa penetración profunda en la intimidad que producía la radio, construían con los materiales propios, los héroes y las heroínas imaginarias de las que se enamoraban y permitían intentar la vida. Tenía entonces diez años y, como ya era grande, podía escuchar una radionovela que creo que se llamaba *El violín del gitano* y oír luego «el esperado y fabuloso programa de la canción criolla... el dúo Benítez-Valencia...». Todo por Radio Quito, la voz de la capital. Esa noche era la del sábado 12 de febrero de 1949. De pronto, el locutor interrumpió el pasillo lastimero y dijo, en un tono profundo, que la diminuta ciudad de entonces había sido invadida por los marcianos. Recuerdo cómo mi madre trataba de escondernos con mis hermanos medio dormidos en una especie de sótano mientras el pánico se mezclaba con las plegarias y el olor de agua de manzanilla que

traían los vecinos, hasta que Leonardo Páez, que era el director artístico de la adaptación criolla de la obra de H.G. Wells *La guerra de los mundos* dijo que esto era una broma, que él no había sido desintegrado por esos seres fantásticos que cayeron en Cotocollao y que estaba vivo. Los marcianos habían tardado sólo los veinte minutos de la emisión radiofónica en invadir la tierra. Leonardo Páez escapó del incendio por los tejados. La gente lo buscaba para matarle. A la mañana siguiente mi madre me llevó a mirar lo que había quedado del edificio de *El Comercio*, en el que funcionaba Radio Quito, incendiado la noche anterior por una multitud asustada llena «de viejos rencores». Lo que me quedó en la memoria fue el piso de lo que había sido la imprenta, que parecía un espejo por el plomo derretido. Mi madre me contó entonces que seis personas habían muerto en el incendio.

Lo que sucedió en nuestra pequeña ciudad había acontecido años antes en New York, cuando el grande y genial Orson Welles dramatizó *Las guerra de los mundos* en la víspera de la noche de brujas el 30 de octubre de 1938. Más de un millón y medio de personas creyó en la llegada de los marcianos, miles de ellos trataron de huir, lloraron también por sus pecados, hasta que Orson Welles, como Leonardo Páez en Quito, anunció que se trataba de una representación y de una broma.

Casi inmediatamente después de lo acontecido en Nueva York, Hadley Cantril, un gran investigador, uno de los fundadores de los estudios de la comunicación de masas, realizó un estudio sobre la «Psicología del pánico» a partir de los testimonios de la gente.

Esas extrañas formas... ese marciano que se ha movido... esa cosa... esa masa violeta... esa gigantesca flor de lis que acaba de posarse en la parte sudeste de la plaza y ejercita un pestañeo colosal...

Esa cosa, esos marcianos, esas voces teatrales de los reporteros, de los ministros y del arzobispo, se han quedado desde entonces congeladas en mi memoria y en la memoria de esta ciudad. De tiempo en tiempo durante este más de medio siglo, «esa cosa» vuelve a emerger misteriosamente desde lo más profundo en crónicas, en la literatura, en *La Linares* de Iván Egúez y en los cuentos de *La muerte silba un blues* de Gabriela Alemán.

Un día volvía de una conversación con Don César Larrea, esa memoria viviente de la ciudad que trabajaba en Radio Quito cuando los marcianos invadieron la ciudad. Don César recordaba que Leonardo Páez había tenido que fugarse a Venezuela, que era un escritor notable y un ser de un ingenio extraordinario y que había escrito una pequeña novela *Los que siembran el viento*, mientras ejerció allá un periodismo de calidad... y no quiso decir más, como si todavía la policía o la gente asustada le persiguiera como aquella noche más de medio siglo después.

Encontré el pequeño libro publicado en Caracas en 1982: *Los que siembran el viento*, su autor Leonardo Páez. En la portada había un hombre con un paraguas, apenas unas líneas, como en las pinturas de Chagal, volaba sobre los tejados de una ciudad de dos casas y la torre de una iglesia, que la vimos iluminada, la noche de los miedos, por el incendio de *El Comercio*.

Anunciaba que la novela también era una crónica por el testimonio de aquellos hechos que acontecieron ese sábado, en esta ciudad, en este país, con esa gente de nombres propios a la que el miedo hacía confesar su culpas, reconocer hijos y pedir perdón a los semejantes. El narrador habla de sí mismo en tercera persona:

En donde se siente más el corcoveo de la calle Cotopaxi, por la parte de arriba, a ras del segundo patio de tierra de esta casa de alto y bajo, en cuarto sin ventanas, solito vive el hombre... el hombre de quien se ha venido hablando trabaja en ese diario así como en su estación de radio que queda en el tercer piso... resulta enterarse de lo que más o menos se le achaca que conversa consigo mismo como loco... Entre los actores se encuentra el hombre de la Cotopaxi, casualmente es el director de la estación de radio...

Ese hombre, dice el narrador, se llama Leonardo Páez.

La novela está compuesta de pequeñas escenas encadenadas por el suspenso como en el radioteatro de esa noche de los miedos y los perdones. El gran escenario es la ciudad pequeña y amada, llena de nombres propios: la Ronda, el Censo, San Diego, el Aguarico, el Puente de los Gallinazos donde la

noche se desploma en la vereda de enfrente y los focos comienzan a prenderse por contagio... En la plaza está la noche... en donde no estará la noche, ese gran rebozo negro, desde hace tiempo amancebada con las estaciones de radio y de las que nadie se libra, y que a todo el mundo los tiene hecho cera y pábilo dicen que porque brindan cosas horriblemente bonitas, como las novelas de amor pegajoso, para consuelo de tanta mama soltera...

En esa ciudad habitan, entre otros, la mamá Clorinda, el Alarcón, el shugua Chicaiza, el chapa Solís, el coronel Zapata, el Chimbas y la Virginia y también la Virgen de las Mercedes y la Dolorocita del Colegio, un poco más lejos la Virgen del Quinche, el terrible Martínez, el chagra Jaramillo, los artistas de la radio: Eduardo Alcaraz y el locutor Garzón y, los que iban a morir de verdad en el incendio: el pianista Molestina, el violinista Alvarado, el sobrino de la Clemencia y la señora del restaurante. Todos ellos vivieron en el barrio de mi infancia.

La ciudad y el país estaban también habitados por el fantasma de Velasco Ibarra, cuya voz parecía resonar en las primeras palabras de la transmisión radial de *La guerra de los mundos*: «La civilización está herida de muerte. Es el hombre en su tragedia. Es la especie frente a su desaparición».

El 12 de Febrero de 1949, como hoy todavía, se celebraba el día del Ejército y del Oriente Amazónico. Los marcianos de la radio sorprendieron a los militares en un baile en el Círculo Militar, en el bello edificio de la calle Venezuela. Era el tiempo de los «cuartelazos» y, en medio del desconcierto, en la ironía de Páez, los militares se preguntaban si acaso se trataba de otro levantamiento y si las armas que sirvieron poco en la guerra con el vecino del sur, servirían para contener a los marcianos. Y, si acaso, los políticos de entonces estaban ya refugiándose en las embajadas, que era lo único que sabían hacer.

Era el gobierno de Galo Plaza. Cuando comenzó el incendio y se escuchó solo la palabra candela, el locutor en su desesperación decía:

El señor presidente Plaza nos conoce... somos sus amigos de canciones y deportes... con él jugábamos fútbol en los tiempos de El Gladiador... con el Maya, con el Naranjo, ¡con el Fabara jugábamos!... Amigos oyentes auxilíennos...

Pero esas llamadas de auxilio parecían ser parte del mismo radioteatro, así como las chispas causadas por el papel quemado de la imprenta de *El Comercio* que, para aquellos que se habían despertado con el alboroto callejero, confirmaban que los marcianos se habían tomado ya el centro de la ciudad.

Pero esto no fue sino un «cuento radial», sin embargo,

las atemorizantes escenas de la ficción radio teatral han sucumbido frente a la evidencia de lo real... Algo parecido a la inquietud ha comenzado a caminar calladito por las dependencias de la estación de radio. Y bien se sabe que la angustia tiene su propio color... un color que huele a miedo... Nos interesa, carajo, únicamente el hombre de la mente diabólica que siendo quiteño, por desgracia, a Quito ha traicionado, poniéndolo patas arriba... ¿Por qué nos atacan Dios mío?... No deja de lamentarse el actor que acababa de ser «premier» de la República.

El narrador de la novela trasmite el pánico porque recuerda que

Estos hechos, aunque infrecuentes, acontecen el rato menos pensado. Sin ir muy lejos que se diga, aquí mismo, el espantoso arrastre de los Alfaro. Como hoy, en ese triste caso, poco se hizo para evitarlo. Lo cierto es que ese 28

de enero de 1912, con gritos de viva la Patria, desde el panóptico garciano, desde la parte alta de San Roque hasta El Ejido, que era como atravesar todo lo largo de Quito, por su calles empedradas, fueron dando botes las cabezas de los generales.

Escribir esta novela en el exilio fue, quizá, para Páez una especie de exorcismo para redimir unas culpas de algo que fue simplemente una farsa teatral, tan genial por su cercanía a la cotidianidad de esta ciudad y de este país pequeño.

Curado el espanto de ese día de mi infancia y, mirado desde el presente, pienso en Leonardo Páez. Al leer su novela, no como ese fantasma maligno que creó, a través de una emisión radial, unos pánicos que duraron muchos años en la memoria de los habitantes de esta ciudad, sino como ese personaje que en su novela hablaba de sí mismo en el recuerdo de su angustia por escapar de las llamas:

Por ese túnel tendrá que pasar el hombre de la Cotopaxi: el plazuela empedernido y rayuelero, el activista feroz de las guerras a piedra entre los barrios de La Chilena y San Roque; el sobrestante, soldado eventual en la «guerra» contra Don Jacinto en Imbabura, cabo furriel, amanuense de comisaría, guitarrista, cómico, cantante, periodista, medio poeta y autor de teatro. ¡Las cosas que se hacen para comer, Dios Santo!... Desde ahorita mi sobrino, dice la tía Teresa, dormirá tranquilo, sin esa pesadilla del ojo redondo, abierto y fijo de los chapas y pesquisas. Que esto le sirva por lo menos de experiencia... ¿Qué ha sacado él de semejantes locuras disparatadas del tal arte? Cuando, me muero Jesús, debería más bien sentar cabeza y dedicarse a lo que llaman cosas prácticas y no andar sembrando vientos, para tener que cosechar...



Hace unos años conocí a ese gran jurista que fue el Doctor Juan Isaac Lovato. Hubiera querido preguntarle si realmente dijo estas cosas en defensa de Leonardo Páez:

Siendo mi defendido, como en efecto lo es, un compositor de música popular y sus canciones suenan y requetesuenan en discos y todo lo demás y de memoria las conocemos, señor juez, con el debido respeto, puedo asegurar que el hombre no tiene la traza de reo ni mucho menos... El conoce a su pueblo, de eso ni que se hable, porque a su pueblo ha cantado desde guagua... ¿Cómo comienza esa canción de la llamada «Misa de doce»? O, mejor todavía, «La tuna quiteña»... con eso del santo del Quintana... Un hombre así, incapaz de matar ni a una pulga, menos mezclarse en algo intencional... Que tanto ha mencionado aquí el ilustre señor fiscal de la causa...

Hay que leer esta pequeña novela-crónica-testimonio de Leonardo Páez en estas épocas en que parece que inauguramos el mundo cada mañana, en esta edición de El Fakir editores, con terrorífica nueva carátula de Carlos Villarreal Kwasek. Al final, a veces sin querer, «sembramos vientos...» y cosechamos tempestades como decía la tía Teresa y también porque, como alguien escribió, «el futuro habita la memoria».

José Laso  
Febrero 2016

Los que siembran el viento

**E**n donde se siente más el corcoveo de la calle Coto-paxi, por la parte de arriba, a ras del segundo patio de tierra de esta casa de alto y bajo, en cuarto sin ventanas, solito vive el hombre. No tiene, lo que se dice, ni un perro que le ladre ni nadie que le alcance, de repente, un jarro de agua.

Se levanta con la mañana. Destranca la puerta de una sola hoja y en la cara recibe todo el chiflón de claridad que llega del Ichimbía. Ahí mismo, como para tocarlo con la mano, el arrayán pulido por la lluvia de anoche; y contra la pared de adobe que sirve de medianera, el W.C. de tanque alto, disimulado apenas por cuatro tablas viejas y ralas que dejan ver todo cuanto hace allí ese hormiguero de inquilinos.



¡Qué huambra, maltona todavía, como para perder el juicio!

De pura chiripa, como por muerte de un judío, alguna vez aparece la visita inesperada y amable.

—Buenos días, sí, yo soy.

—Muchas gracias... bueno, verá, no, yo...

—Sí, sí... Pero no se quede allí... ¿Quiere pasar?

—Es que... Sabrá que... ¡ni sé cómo empezar!... ¡A lo mejor Ud. qué también pensará de mí!

—No, no. Yo no pienso nada... Siga, siga... Aquí, afuera... Entre, hágame el favor de...

—Gracias... ¡Jesús, me muero, me da vergüenza... Ud. va a creer que...

—Permítame... Ah, estos libros que no sé dónde... Siéntese aquí, aunque sea en la cama... Perdonará nomás... Ud. ve este cuarto...

—Gracias. Me estaré un ratito nomás... Ud. pensará, y tiene razón, que yo soy una... Bueno, sí... Soy medio deschavetada... Ud. ni siquiera me conoce... Sabrá que yo soy... Es decir, mi papá tiene la sastrería que queda ahí mismito, en la Yerovi, pasando la Olmedo.

—¿Su papá es el señor Salitas?... ¡Claro, claro, pero qué torpe soy!

—Rosaura me llamo.

—¡Eso, la Rosaura!... ¡Vean nomás lo que es esta vida!... Ayer era Ud. una guagüita. Me acuerdo que Ud. tenía unas trenzas que le daban hasta... ¡Cuándo iba a imaginar que ahora!... ¡Y cómo se ha puesto!... ¡linda, lo que se dice linda!

—No se haga, no se haga... ¡A cuántas dirá lo mismo!

—¡Le juro, por éstas, le juro, preciosa!

—¡Deje, deje, puede estar jurando lo que quiera, que yo!... ¡Fama tiene Ud., no vaya a creer que no sé todito!

—¿Cómo?

—Más bien pasemos a otra cosa... Le diré la verdad... He venido a verle por curiosidad. Sí, sí, curiosidad. Loca que es una y como tantas cosas cuentan de Ud., que por aquí, que por allá... Que canta y toca la guitarra... Ahí estoy viendo una guitarra... Y que toma mucho; y que se pone como loco cuando se pasa de copas... ¡Y un mundo de cosas dice la gente!... ¿Por qué no me hace oír alguna cancioncita?... ¡cualquiera!... ¡Uy, ya creo que es muy tarde!... ¡Perdóneme, perdóneme!... Con razón mamita me dice que tengo sacudida la cabeza. Y que soy una carishina, y que no sabe ya qué hacer conmigo. ¡A ver, a ver, no se haga de rogar!... ¡A pure, a pure y no me quede viendo con esos ojos!

Entonces, el hombre va y se suelta un albazo que más parece danzante. Un albazo de esos entre amargos y dulces, entre serios y medio graciosos, pero casi siempre malintencionados:

*Vuelvo volviendo aquí,  
vuelvo chumado,  
ya no puedo vivir  
sino a tu lado*

Y, la segunda:

*Arrímate nomás,  
qué te ha pasado,  
hasta la vela ya,  
ya se ha apagado.*

—¿Conque arrímate nomás, qué te ha pasado, no?... ¡Regia, bien regia la canción!... ¡Ahora tiene

que cantarse otra cosa!... ¡Venga, venga, venga, siéntese aquí, a mi lado!... ¡no le voy a comer!... ¡A ver, a ver, ese pasacalle que la gente se hace lenguas!... El que habla de la mujer de un tal Manuel... ¡Déle, déle!



Cada primero de mes, medio oscuro todavía, tuntún, la puerta: ¡achachay, Jesús, en semejante frío!... «Vecinito, buenos días, vengo por el arriendo».

Es la pobre mamá Clorinda, mujer blanca, cargada de lunares. De joven debió haber sido rasguñable. Por cincuenta miserables sures mensuales y el cucho pelado que le dan bajo las gradas, se humana a lo que nunca soñó: cuida la huerta de atrás, da de comer a los puercos, barre patios y corredores, abre y cierra la puerta de calle, cobra los alquileres y hasta, según se murmura, la infeliz mujer, a esa edad, tiene que acceder a ciertas manipulaciones del viejo Alarcón, dueño de la casa.



De aquí a lo que se tiene como centro de la ciudad no hay sino cinco cuadras. Una vez en la placita de la Merced, si se tuerce a la izquierda y se bajan cien metros por la Chile, se da con la Pichincha. En esta esquina se halla el edificio del diario más influyente del país, según juzgan de ese modo las gentes metidas en estos altos tejemanajes del periodismo.

El hombre de quien se ha venido hablando trabaja en dicho diario, así como en una estación de radio que queda en el tercer piso. Resulta curioso enterarse de lo que, más o menos, se le achaca: que conversa consigo mismo, como loco; que en el trayecto del va y viene suelta palabras sin pies ni cabeza; y que luego entre silbo y canturreo, al ritmo de sus pasos de *tap* con suelas agujereadas, desembucha historias de aquellas que los humoristas llaman fuera de la ausencia, como dígame, por ejemplo, ojalá en diciembre alcance a ponerme un terno nuevo, porque el que cargo ya no aguanta una virada más; si yo fuera presidente de la república acabaría con todos los prestamistas chulqueros, sanguijuelas de los infelices empleados; y, esto de junto a ti, arrodillado, un niño triste como yo nos mira, del Neruda, me tiene hasta la coronilla de tanto declama y declama en el teatro, la radio, las cantinas, el calabozo, los burdeles, el hospital, en dónde no, ¡qué vaina!



Los claros del cielo que aún parpadean sobre el cerro del Ungüi comienzan a esfumarse, y, como ocurre durante todo el año, de los años desde antes de no se sabe cuándo, por razones astronómicas difíciles de comprender de buenas a primeras, con puntualidad casi chocante, de instante milésimo, dentro de breves momentos la noche se desplomará en la vereda de enfrente, y los focos de las esquinas irán prendiéndose por contagio.



En una pieza contigua al estudio principal de la emisora están reunidos los actores para el último ensayo de la obra de hoy, antes de su lectura frente a los micrófonos y a un público que no se lo ve por lado alguno.

—¡Vamos dándole al asunto! Esto no será sino un simple recalentamiento de papeles. Son las 7 de la noche.

—Hay tiempo todavía. ¿Por qué no ensayan con los extras?

Entre los actores se encuentra el hombre de la Cotopaxi. Casualmente es el director de la estación de radio. Subió a ese cargo no se sabe cómo. Es también el que dirige el grupo radio-teatral y escribe los interminables novelones de mal gusto, pero de absorbente popularidad. En fin, hace de todo. Pero la cuestión no para ahí: abajo, en el periódico trabaja en su condición de reportero de los sucesos policiales.

«Corra, corra vuela, vuela, algo grave creo que ha pasado en la calle Loja. Dicen que hay, por lo menos, dos muertos a cuchilladas y una mujer que le tienen entre la vida y la muerte. Vaya, vaya, linda noticia para mañana». Y, así, en autobús o a puro pie, como sea, va tras de los acontecimientos que ya en informaciones, se publicarán al siguiente día: un registro completo y detallado de asesinatos, violaciones, robos, estafas y hasta golpes y alzamientos: «el shugua Chicaiza cargó con todas las joyas del señor Salitas»... «el coronel Zapata, quién iba a figurarse, de la noche a la mañana, apoyado por los del escuadrón de la Magdalena, se



declaró dictador, sin más ni más, como si nada». Y, por ahí, como por rendija, una chorrera de delitos que se cometen en esta tierra maleada y de tanta gente pobre.

—Así que, cholos, manos a la obra. Sacúdanse.

De aquí al programón, queda una hora. No hemos hecho nada.

—Adelante, principio yo.

—Entonces, vos.

A lo que el actor don Pepe coge la palabra y se lamenta: «¡Ay, ay, ay qué me pasa!... ¡qué vaina! ¡me vinieron unos retortijones a la boca del estómago, ay, ay, ay!»

—¿Qué tomó, don Pepe, qué comió?

—Nada, nada, ni un triste café. ¡Ay, ay, ay ¿será cosa de los nervios?

—¿Nervios, Ud.?... ¡no se haga, no se haga!

—¡Les juro, les juro!... ¡Lo que sucede es que yo soy muy sensible!... ¡por cualquier tontería me pongo así!... ¡Y esto me ocurre cuando me asalta un presentimiento que no sé mismo de qué!

—Vea, don Pepe, déjese de creencias pendejas.

El trabajo de esta noche es igualito al de todas las noches.

—Sí, don Pepe, somos artistas. De esto vivimos. ¡Mal, pero vivimos o nos hacemos como que vivimos, joder!

—Sí, sí, ¡ay, ay, ay!... Esto de los retortijones no es nuevo para mi. Me vienen cuando tengo corazonadas.